



Revista Affectio Societatis

Departamento de Psicoanálisis

Universidad de Antioquia

[affectio@antares.udea.edu.co](mailto:affectio@antares.udea.edu.co)

ISSN (versión electrónica): 0123-8884

ISSN (versión impresa): 2215-8774

Colombia

2014

**EL TEDIO (1934)**

Otto Fenichel

Revista Affectio Societatis, Vol. 11, N.º 20, enero-junio de 2014

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia

## EL TEDIO (1934)<sup>1</sup>

Otto Fenichel



La literatura psicoanalítica solo nos ofrece un trabajo dedicado a la gama vastísima del tedio: el estudio de Alfred Winterstein *Angst vor dem Neuen, Neugier und Langeweile*. Tendremos ocasión de referirnos frecuentemente a este estudio, que, con todo, deja muchos problemas sin solución. Es probable que la palabra “tedio” abarque estados mentales y actitudes psicológicas de muy distinto carácter. En el presente ensayo no pretendo agotar el tema, sólo espero caracterizar una especie particular de tedio.

Tomemos como punto de partida la definición de tedio dada por Lipps, que Winterstein cita: “el tedio”, dice, “es una sensación desagradable que nace del conflicto entre una necesidad de actividad mental intensa y la falta de incentivos para esta actividad o la incapacidad de sentirse incitado a ella.” Añadamos que, además de una necesidad de una intensa actividad mental, hay siempre, a la vez, una inhibición de tal actividad. Esta inhibición se manifiesta así: el sujeto no sabe cómo debiera o quisiera ser activo. A causa de este conflicto se busca un incentivo en el mundo externo. Añadiremos, además, que la “falta de incentivo” a menudo no depende de la realidad externa, como parece indicar la frase “incapacidad de sentirse incitado”. Así como el tedio esta caracterizado por la coexistencia de una necesidad de actividad y de una inhibición de estímulos y una falta de satisfacción de los estímulos ofrecidos. El problema central de la psicología del tedio consiste por esto en la inhibición ya del impulso a la actividad, ya de la voluntad de aceptar los incentivos anhelados.

Desde un punto de vista puramente descriptivo, el estado mental del tedio quizá se puede definir mejor como “una experiencia desagradable de falta de impulsos”. Esta fórmula plantea un problema que se resuelve anticipadamente. Presuponemos que el estado de tensión del aparato psíquico sea agudizado por los estímulos internos y externos y que esta tensión aumentada haga brotar los impulsos, o sea, las tendencias cuyo fin es restablecer una ausencia de tensión. Debería resultar de esto en absoluto que las necesidades del instinto son desagradables y la satisfacción del instinto agradable; es decir, que son desagradables los impulsos, pero es agradable la falta de impulsos. No obstante, también existen impulsos agradables, de los cuales se ha tratado frecuentemente. Los fenómenos del tedio presentan un problema semejante: el de una desagradable falta de impulsos. Pero el tedio, como se dice en nuestra definición, no es solamente una falta de impulsos, sino también una “necesidad de intensa actividad mental”. La falta de impulso no coincide del todo con una falta de tensión. El problema más bien es: ¿por qué esta tensión no se traduce en impulsos? ¿Por qué, en vez de manifestarse en forma de impulsos instintivos, pide al mundo externo incentivos que indiquen al sujeto lo que debe hacer para aliviar su tensión?

---

<sup>1</sup> El presente texto ha sido tomado de: Elemire Zolla (Comp.), *Antología del psicoanálisis*, México, UTEHA, 1962.

## Clásico

Naturalmente, también fuera del camino del tedio se puede encontrar un deseo de estímulos del mundo externo. Este deseo nace en el momento que el niño observa que del mundo externo provienen estímulos que pueden ser usados para la satisfacción instintiva. Después que el sujeto ha experimentado estímulos agradables, un estado de tensión instintiva lleva consigo un deseo de tales estímulos. Este deseo va acompañado de una recusación obstinada de aquellos objetos o estímulos disponibles que sean inadecuados para descargar la tensión; si no hay disponibles objetos o estímulos más adecuados, el deseo mismo conduce a la introversión, a la actividad fantástica y, finalmente, a verdaderos fenómenos neuróticos debidos al bloqueo de la libido. ¿Puede llamarse tedio un estado semejante, en que se desean objetos apropiados a los propios estímulos, mientras los no apropiados resultan desagradables? En rigor, no, y no obstante es una situación que se produce a menudo. De objetos y estímulos que no nos dan la “ayuda para descargar la tensión” que legítimamente exigimos, solemos decir que nos fastidian (volveremos a tratar este punto). Pero una persona que se fastidia, en el sentido estricto de la palabra, está en busca de un objeto, no para ejercer sobre él sus impulsos instintivos, sino más bien para ayudarse a encontrar un fin instintivo que le falta.

La tensión instintiva está presente, el fin instintivo falta. El tedio deber ser un estado de tensión de los instintos en que los fines instintivos están removidos, pero la tensión como tal, es advertida; por esto el sujeto se dirige al mundo externo par que le ayude en la lucha contra la remoción. La persona fastidiada puede ser comparada a quien ha olvidado un nombre y pide a los demás que se lo hagan recordar.

Esta fórmula, exacta pero no especifica, explica, con todo, algunos aspectos del fenómeno: por ejemplo, la incapacidad de sentirse excitado. Cuando un individuo fastidiado busca incentivos porque ha perdido sus fines instintivos a causa de la remoción, se comprende que, por una parte, oponga a los incitamentos, que realmente podrían llevar la deseada relajación de la tensión, la misma resistencia opuesta por la remoción a sus fines instintivos; y que, por otra parte, si el incentivo proporcionado por el mundo externo tiene una relación demasiado remota con el fin instintivo originario, no pueda haber desplazamiento de la inversión de energía sobre la nueva actividad ofrecida.

Quien rechaza una necesidad instintiva se encuentra implicado en un conflicto: si Id quiere la acción instintiva, su Yo se opone. El mismo conflicto se repite en relación con los estímulos procedentes del mundo externo. El Id se dirige a ellos como a un “substituto del instinto”, mientras el Yo, también deseoso de descargar sus propias tensiones, no quiere decir que se le recuerde al fin instintivo original y busca una diversión o distracción de sus energías que están fijadas en el fin instintivo inconsciente. Así, mientras persiste el instinto originario, el sujeto se resiste a la diversión o la distracción; pero también resiste a los substitutos que están demasiado estrechamente ligados al fin originario.

Conocemos varios estados de alta tensión que acompañan la remoción de fines instintivos. En tales casos creemos hallarnos ante una condición muy distinta del tedio. Todos conocemos la inquietud interior general, y muy a menudo también motora —el estado de desazón— que se registra en tales casos. Con todo, aunque este estado de inquietud sea muy distinto a las tranquilas apariencias del tedio, reconocemos que las dos condiciones tienen una íntima correlación. Los estados de tedio de este tipo, en cierto sentido, son análogos,

## Clásico

por su estructura tónica,<sup>2</sup> al estado de la inquietud motora. Queda la pregunta: ¿qué circunstancias dan origen a tal estructura tónica y cuándo aparece ésta en forma de tedio? Es evidente, en efecto, que también las estructuras tónicas de fuertes tensiones instintivas con fines removidos asumen formas distintas.

Podemos preguntarnos también si estas consideraciones aplican a todas las formas de tedio. Valen, ciertamente, para determinado tipo patológico de tedio que puede estudiarse clínicamente. Nuestra comprensión de este tipo será mas fácil partiendo de algunas observaciones sobre la relación entre tedio y monotonía.

A menudo el sujeto siente como tedioso un mundo externo monótono. Este mundo no ofrece estímulos nuevos, no hace aumentar, por si mismo, las tensiones internas del sujeto. Los estímulos monótonos inducen al sujeto a la somnolencia. Cuando el mundo externo no lo excita, retira su libido de él. Con frecuencia, no obstante, son propiamente los estímulos monótonos los que pueden hacer nacer en él excitaciones específicas. Bastará pensar en el efecto de la monotonía en la oración, en las danzas primitivas, etc. Aquí la monotonía se utiliza como los estímulos uniformes que ayudan a promover el sueño, o sea, para inducir al sujeto a retraer su libido de un mundo externo que ha llegado a ser monótono. Pero en este caso la finalidad es aumentar en grado correspondiente su libido narcisística. Esta tarea es facilitada por las propiedades de estos estímulos, monótonos, ya que de estímulos se trata de hecho, no ya de una ausencia de estímulos. Los estímulos monótonos, especialmente cuando son rítmicos, ayudan claramente a hacer fermentar estados de excitación particulares, y precisamente excitaciones que tienen cierta calidad narcisística, estados de éxtasis. Los estímulos externos monótonos y rítmicos, fuertes o débiles, obran como una excitación sexual (un efecto, además, en que es la excitación misma, mas bien que el objeto que la provoca, lo que ocupa el centro del interés del sujeto). En el niño, en el que la excitación sexual todavía no está del todo diferenciada de la satisfacción sexual, estos estímulos producen el efecto de inducir al sueño; más tarde también pueden suscitar un deseo aumentado de satisfacción. Por esto, la pregunta de si estos estímulos calman o excitan, está mal formulada, puesto que pueden tener ambos efectos. El resultado depende, en consecuencia, de la naturaleza de la relación que exista entre excitación y satisfacción.

En el psicoanálisis, los ritmos monótonos, según se observan en un campo sensorio particular o en todos —y sobre todo en las sensaciones de equilibrio y de espacio— se encuentran bajo la forma de huellas mnemotécnicas de excitaciones sexuales infantiles. La percepción por parte del sujeto, del ritmo circulatorio en el propio pulso tiene aquí un papel importante, al que está unida la importancia de la fiebre como estímulo sexual.

En algunas circunstancias, la monotonía no induce simplemente al sueño o al éxtasis, sino que puede tener un efecto intensamente desagradable, hasta provocar el impulso de truncar inmediatamente el estímulo monótono. Esta sensación desagradable puede compararse a la que se experimenta cuando se debe interrumpir inesperadamente un acto sexual que haya llegado a un estado avanzado de excitación. En tal caso, el estímulo monótono ha generado una excitación sexual cuyo curso ha sido perturbado. Una perturbación de este género puede venir del interior y tener un origen psicológico. Esto ocurre en personas

---

<sup>2</sup> Se dice *tónico* de un estado fisiológico de contracción muscular constante, con el que corresponde el estado *clónico*, que presenta contracciones y relajaciones alternadas. Aquí el término está usado para indicar condiciones de *permanencia* —o de *alternancias sucesivas*— de estados psíquicos.

## Clásico

que pueden soportar sin ansia sólo cierto grado de excitación sexual, especialmente si la excitación es de carácter infantil, como es evidentemente el caso de la excitación debida a la monotonía. Por otra parte, la turbación puede venir del exterior; la excitación creciente tiene necesidad de estímulos crecientes, y de alguna perspectiva de orgasmo erótico, pues la monotonía del estímulo continuo y no creciente resulta inadecuada.

El análisis del efecto que hacen los ruidos nocturnos en los niños neuróticos, ya se haga enseguida, ya más tarde, ilumina poderosamente este aspecto. Ruidos como el goteo de una llave de agua o el roncar de un adulto ponen al niño en un estado de excitación o de ansia y le dan una "sensación desagradable de interrupción". Cuando descubrimos excitaciones o miedos de este género, pensamos en seguida justamente que el niño puede haber asistido a un coito de los padres. Pero al proponer esta interpretación no debemos olvidar que excitación, ansia e inquietud también pueden derivar de situaciones en que el niño, después de haber asistido una vez a un coito, espere en vano su repetición. En semejantes situaciones de espera nocturna el niño, respecto del mundo externo, se encuentra en la misma actitud de conflicto interior que el adulto que se aburre. Su instinto pide que el mundo externo repita aquel espectáculo sexualmente excitante y ponga fin así a la intolerable tensión de la espera; pero su Yo, que teme la intensa excitación de la escena de coito más que la tensión desagradable de la espera, pide al mundo externo que distraiga su atención, que encienda la luz, que lo tranquilice y lleve su mente de los horrores pavorosos y excitantes de la noche a la realidad tranquila.

La excitación, el ansia y la sensación desagradable de interrupción están aquí muy estrechamente ligadas y cada una de ellas podría tomar el lugar de la otra. Se sabe que en el campo de estos fenómenos la menor variación cuantitativa de su configuración puede transformar en ansia sensaciones agradables. Pero también estados que subjetivamente pueden ser sentidos solamente como tedio están muy cerca de sensaciones ya agradables, ya angustiosas. Observamos a menudo, por ejemplo, que personas "no musicales", que "se aburren" escuchando música, experimentan ansia o sensaciones desagradables del género descrito. El tedio de las largas noches, de que se lamentan muchos que sufren de insomnio, tiene la misma naturaleza penosa.

En el tedio de este tipo, por lo tanto, mientras subjetivamente la intensa y contradictoria excitación parece haber desaparecido, hay señales que prueban su existencia. En este sentido el tedio parece una variante o una categoría de la despersonalización, en que la libido no está, de ordinario, substraída a la percepción interior, sino solamente contrariada por una anticarga que se manifiesta principalmente con una autoobservación aumentada.

El tedio hace llorar algunos niños. El llanto y la inquietud destruyen la estructura tónica de las cargas, y, por lo tanto, lo que estos niños llaman tedio difícilmente se distingue de la inquietud y la desazón manifiestas. El hecho de que los niños la llamen tedio prueba la relación entre estos estados. El significado de este tedio puede ser definido esquemáticamente como sigue: "Estoy excitado: Si dejo que esta excitación continúe me pondré ansioso. Por esto me digo a mi mismo que no estoy excitado, que no quiero hacer nada. No obstante, a la vez, siento que quiero hacer algo; pero como he olvidado mi objeto originario, no sé qué quiero hacer. El mundo externo debe hacer algo para liberarme de mi tensión sin ponerme ansioso. Debe obligarme a hacer algo, y así no seré responsable de ello. Debe desviarme, distraerme, y así lo que haré estará suficientemente alejado de mi objeto originario. Debe realizar lo imposible: concederme un aflojamiento de la tensión sin acción instintiva."

## Clásico

Este significado de los estados de tedio apareció de manera particularmente clara en uno de mis pacientes, cuyo análisis completo había estado dominado por intensas manifestaciones de *transfert* y de resistencia. Estas resistencias tomaban una de las dos formas: o continua inquietud motora o tedio. El análisis demostró que estas dos condiciones, exteriormente tan distintas, solamente eran expresiones diferentes de la misma situación psíquica latente. La inquietud motora era definida por el paciente como “estar enojado”. Estaba continuamente irritado con su psicoanalista, a veces furioso contra él; pero todo lo que le reprochaba era no haberlo curado milagrosamente de un día a otro. Sus asociaciones estaban completamente inhibidas, y se encolerizaba contra el psicoanalista porque éste no modificaba la situación con una palabra mágica. Este “estar enojado” iba acompañado de una pronunciada inquietud general y de atormentadoras sensaciones subjetivas de la intolerabilidad de su estado emotivo actual, como las que encontramos en personas que sufren de fuertes trastornos de la libido. El significado de este comportamiento fue aclarado por un examen sumario de la vida sexual del sujeto. Este sufría de una aguda alteración libídica, por lo que, cuando estaba con un mujer, iniciaba el acto sexual de manera normal y experimentaba también el placer normal de los sentidos hasta que la excitación llegaba a un cierto grado; en este punto —a menudo antes de introducir el pene, a veces después— sobrevinía un cambio repentino. El paciente experimentaba una sensación intensamente desagradable de carácter vago, no sabía cómo continuar y “se enojaba” con la mujer porque —según pensaba— ésta habría debido hacer algo para liberarlo inmediatamente de su desagradable condición.

También en esferas distintas de la sexual mostraba un carácter masoquístico, exhibiendo continuamente su infelicidad y enojándose con los presentes porque no lo compadecían suficientemente y no realizaban enseguida algún milagro para liberarlo. El análisis mostró que su constante excitación, exacerbada en la esfera sexual, evocaba situaciones de la infancia, cuando el sujeto había dormido en el lecho de la madre. Habiendo removido sus deseos lúbricos activos respecto de la madre, esperaba que ella interviniese de manera que, por una parte, le diese una satisfacción sexual sin culpa y, por otra parte, lo distrajera de los pensamientos del sexo. Es característico que el acto que esperaba de su madre era concebido como un acto de satisfacción oral. Otras veces, la excitación pintorescamente masoquística de este paciente era substituida por un estado de tedio. Aunque tampoco en estos días fuese capaz de asociaciones, su manera de sentir era distinta. No experimentaba una tensión intolerable; decía más bien que no sentía “propiamente nada”, pero aseguraba continuamente que el análisis y todo lo que se relacionaba con él eran cosas tan aburridas que no tenía ganas de decir nada (ni sabía qué decir) y que pronto habría abandonado el tratamiento psicoanalítico. La manera de alternarse este estado con el antes descrito no dejó dudas de que el segundo fuese ante todo una tentativa de defensa lograda contra la excitación de la espera con que el paciente en otras ocasiones aguardaba la anhelada intervención mágica (oral) del psicoanalista.

Explicaré aquí un pequeño experimento de asociaciones realizado en una de estas ocasiones, para demostrar que la excitación, patente en otras circunstancias, todavía estaba presente, pero en estructura tónica. Cuando el paciente declaró que se aburría, se le pidió que siguiera muy concienzudamente la regla fundamental del psicoanálisis, o sea, estar atento a no suprimir, por “demasiado tediosa”, ninguna idea que le viniese. El paciente empezó por decir que estaba mirando un rincón de la habitación y pensaba: ¿y si hubiese una telaraña? Se podría tomar una escoba y limpiar arriba y abajo la pared, siempre arriba y abajo. Además, el paciente tenía dolor de muelas: venía directamente de casa del dentista, que le había pasado el taladro arriba y abajo por los dientes. Su atención era atraída por el hecho de que la intensidad de las sensaciones en el interior de la boca a menudo es menospreciada; por esto la idea de limpiar la pared mostraba que

## Clásico

psicológicamente todavía estaba en casa del dentista, no en casa del psicoanalista, y que en su fantasía el psicoanálisis estaba haciendo algo excitante en su boca. “Ahora sólo me vienen a la mente cosas insensatas”, continuó el paciente, “podría decir cualquier palabra a tontas y locas, por ejemplo interruptor de la luz o vaso de noche” son medios de los cuales los adultos procuran tranquilizar un niño ansioso durante la noche. Así el estado mental del paciente pudo ser interpretado de este modo: “Estoy ansioso. Haced algo calmante (o excitante) en mi boca.” El tedio experimentado por el paciente servía para negar su excitación, desempeñando la misma función que la despersonificación.

Podríamos preguntarnos si la característica de esta especie de estructura tónica ansiosa del tedio está en el hecho de que los instintos que actúan tengan una finalidad pasiva que, después de haber sido rechazada, vuelve en forma de indefinida exigencia de incentivos dirigida al mundo externo. Pensemos que no y que más bien este mecanismo pueda representar una manera de traspaso de la actividad a la pasividad *in statu nascendi*; el sujeto quiere ser liberado mediante una experiencia pasiva de una tensión que se ha establecido porque él tenía miedo de sus propios instintos activos.

No negamos que todo esto no resuelve el problema que hemos planteado, o sea: ¿qué es lo que hace posible la estructura tónica, y cómo la estructura tónica del tedio se distingue de otros estados? ¿Cuándo surge la inquietud motora, u cuándo la sensación de falta de impulsos y el deseo de diversión?

No podemos dar una respuesta definitiva a estas preguntas. Sólo es posible decir que toda estructura tónica, por lo tanto también el tedio, repele más cosas que la inquietud motora: repele los mismos impulsos motores. Pero tampoco esta respuesta es definitiva; pues así como hay personas que, en estado de libido bloqueada no asimilables al tedio, son del todo inactivas físicamente, hay otras que cuando están aburridas se ponen en movimiento y hacen toda clase de cosas. Las personas *blasées* sacan del tedio el pretexto para emprender muchas actividades más o menos fútiles. El *spleen* de los ingleses es de esta naturaleza. Se trata de una variante del tedio en la que el Yo fastidiado no espera los estímulos del mundo externo, sino que imagina él mismo “actos substitutos”, que por una parte aliviarán la tensión —o sea, que representarán y substituirán sus actividades instintivas— y por otra lo distraerán de ellas y las negarán. Por esto la parálisis del sistema motor no es ni la única ni la característica fundamental del tedio. Puede faltar; y en todo caso se necesita también lo otro. Y precisamente el mecanismo que hemos descrito como semejante a la despersonificación, por el que un individuo puede ocultarse completamente a sí mismo a presencia de una tensión interior sumamente violenta. Se sabe bien que las personas dotadas de imaginación raramente se aburren, y que las que están sujetas al tedio son incapaces de soñar con los ojos abiertos o están inhibidas de ella (el paciente que antes he descrito no tenía vida fantástica). Naturalmente, una imaginación rica permite al que la posee descargarse, en cierto modo, en la fantasía, mientras que la falta de este medio de desahogo requiere una anticarga maciza que bloquee las percepciones interiores.

¿Está ausente en este estado la percepción interior de la propia excitación? Y hemos mencionado estallidos de llanto causados por el tedio, y hemos añadido que no podemos considerarlos como característicos de esta condición. Evidentemente la transición de la inquietud ansiosa al tedio es fluida; pero hay casos extremos de este último caracterizados precisamente por el hecho de que el paciente mismo cree que carece, en cierto modo, de excitación, lo cual es precisamente lo que él llama aburrirse.

Hemos contestado negativamente a la pregunta de si los instintos que, frustrados en su objeto, dan origen a la clase de tedio de que nos estamos ocupando, son principalmente instintos con una finalidad pasiva. Pero

## Clásico

quizá existe otro aspecto de los instintos que en este caso tiene más valor indicativo. ¿No podría ocurrir que más bien actuasen, por una parte, instintos agresivos y, por otra, exigencias narcisísticas? No se debe descuidar la relación entre el tedio y las fluctuaciones del respeto de sí y de los humores. También hay casos de “tedio periódico” que no dejan dudas sobre su afinidad con el ciclo maníaco-depresivo. Estas formas de tedio están presentes en toda fase de transición a tipos definidos de depresión. Conocemos también algunas maneras de defensa de la depresión (o fenómenos equivalentes) en que el sujeto se esfuerza en luchar contra la debilitación depresiva de su respeto de sí buscando una diversión en el mundo externo. El que es afecto a los estupefacientes se vuelve a estímulos que, por su composición, química, pueden provocar alteraciones en sus sentimientos de respeto de sí; mientras que el psicopático que tiene un “instinto de vagancia” deja el lugar de residencia cuando viene la depresión, con objeto de encontrar una distracción en el cambio de ambiente.

¿Contradice esta afinidad con la depresión las opiniones que hemos expresado sobre la psicogénesis del tedio? Absolutamente no. El tedio próximo a la depresión se pone como casi particular de la forma patológica de tedio que hemos descrito. Como se ha dicho, éste implica siempre una tensión de los instintos que, mientras su finalidad está removida, es no obstante percibida, aunque negada, y de la cual el sujeto espera ser salvado mediante una intervención del mundo externo; en el caso presente las tensiones nacen de las necesidades narcisísticas de un respeto de sí herido, y de todas las necesidades instintivas orales-sádicas que nos son familiares en la psicogénesis de la depresión. Desde este punto de vista es fácil comprender por qué, entre las actividades a que se dedican las personas aburridas para encontrar una diversión, el comer, el beber y el fumar son preferidas, y cómo un tedio patológico puede sedimentar mucho tiempo antes de que surja el recurso a los estupefacientes o una neurosis de coacción u otras semejantes. Pero no pensamos que las necesidades narcisísticas y los impulsos orales-sádicos sean los únicos factores que, bloqueados, pueden conducir al tedio.

Es fácil ahora comprender la relación entre tedio y soledad. Si la condición de una persona aburrida es descrita exactamente como un estado de tensión de los instintos del que ella no es consciente, pero que le parece peligroso y para librarse del cual espera la ayuda de estímulos procedentes del mundo externo, está claro que las causas del tedio y del sentimiento de soledad deben ser idénticas. Su relación con la masturbación como la de los neuróticos afectados de fobia de exclusión, es de dos clases. El individuo aburrido, como el que se siente solo, puede temer la tentación de masturbarse y combatirla, y por lo tanto no es consciente de sus impulsos masturbatorios, sino de un deseo de diversión de éstos; o bien puede intentar la evasión de una tensión opresora de los instintos, de cuyos fines es completamente inconsciente recurriendo a actos repetidos de masturbación. Hay también muchos vínculos entre el tedio y la masturbación coacta.

Recordemos, a propósito de esto, las “neurosis dominicales” de que habla Ferenczi. Hay “neuróticos dominicales” cuyo síntoma es exactamente y exclusivamente el hecho de que el domingo, o durante las vacaciones, se aburren. Mientras trabajan, estas personas consiguen hacer aquello a que el aburrido aspira en vano, o sea, distraerse del bloqueo de sus impulsos. Cuando la diversión no es posible, la tensión se hace sentir y el tedio, hasta entonces latente, se manifiesta. De ordinario, en estos casos, tienen un papel importante los recuerdos de los juegos dominicales de la infancia, ya que el bloqueo de los impulsos era en aquellos días aumentado artificialmente, por estar los niños, en domingo, mas que nunca forzados a no dar desahogo a sus fuertes apetitos instintivos.



## Clásico

Ahora que hemos delineado los mecanismos de una forma de tedio patológico, surge la pregunta: ¿son éstos los mecanismos esenciales del tedio en general? ¿Qué aspecto tiene un tedio normal, distintamente estructurado? Nace cuando no debemos hacer lo que queremos, o debemos hacer lo que no queremos. Este tedio inocente parece a primera vista completamente distinto del descrito hasta ahora, pero es fácil reconocer en él una propiedad común: algo esperado no se verifica. En el tedio patológico no se verifica porque el sujeto está obligado por la angustia a reprimir sus actos instintivos; en el tedio normal no se verifica porque la naturaleza de la situación real no permite la esperada cesación de la tensión (he aquí por qué, cuando un individuo cansado está obligado a no dormir, considera tedioso el mundo externo que le impide dormir). Es difícil, no obstante, prever cuándo la frustración producida por el mundo externo puede desencadenar en el sujeto agresividad, cuándo puede inducirlo a la tolerancia y cuándo puede dar origen al tedio. No debe olvidarse que tenemos el derecho de esperar del mundo externo alguna clase de “ayuda a descargarnos”. Cuando esta ayuda no aparece, estamos, por decirlo así, justificados si nos aburrimos. Para caracterizar esta situación, Winterstein cita al mariscal de campo Ligne: “Yo no me aburro, son los otros los que me aburren.” He aquí por qué es tan tedioso todo el que está “bloqueado afectivamente” o dotado de fuertes anticargas arraigadas en el carácter como, por ejemplo, una persona de una corrección o rigidez particular. Su indiferencia emotiva no corresponde a lo que instintivamente los hombres esperan unos de otros. A menudo estas personas tienen un miedo ansioso de mostrarse tediosas, y hemos de decir que su preocupación está fundada. El análisis de su ansia revela que esta facultad de aburrir a la gente, tan temida por el paciente mismo, puede contener una buena porción de sadismo.

Un factor que sin duda tiene una notable influencia en la naturaleza del tedio, y que todavía no ha sido mencionado, es su relación con el *tiempo*. La misma palabra *Langeweile*<sup>3</sup> indica que en este estado siempre hay alteraciones en la experiencia subjetiva del tiempo. Cuando recibimos varios estímulos diferentes procedentes del mundo externo, el tiempo, como se sabe, parece pasar rápidamente; pero si el mundo externo trae estímulos monótonos, o si las condiciones subjetivas impiden que estos estímulos se usen para aflojar la tensión, entonces “el tiempo es largo”. Por este fenómeno fundamental de experiencia subjetiva del tiempo, la sensación que ha dado a toda la experiencia del tedio su nombre parece solo una consecuencia secundaria de los mecanismos descritos. No obstante, no se puede excluir la posibilidad de que ciertas perturbaciones primarias de la experiencia subjetiva del tiempo faciliten que entren en juego aquellos mecanismos. Es el caso de las personas que han sexualizado sus sensaciones del tiempo, y también es frecuentemente el caso de ciertos tipos de carácter anal. A la luz de estos hechos podemos compartir la afirmación de Winterstein según la cual algunos caracteres anales están particularmente predispuestos al tedio, y la relación establecida por él entre el fenómeno del tedio en general y el de “arriesgarse a tiempo”.

También el resto de las observaciones de Winterstein sobre la disposición al tedio concuerda con nuestras opiniones. Winterstein escribe: “Aquí se pueden distinguir dos tipos: la persona *blasée*, que ha llegado al embotamiento por exceso de estímulos, que anhela el placer, pero es incapaz de experimentarlo (un tedio que puede tener un fundamento fisiológico), y la persona que elude con el trabajo un tedio penoso, porque juzga tedioso todo lo que no es cumplimiento de un deber.” Estos dos tipos nos parecen simplemente dos variantes del mismo bloqueo crónico de la libido que asume forma de tensión mientras el fin instintivo está removido. El primer tipo es el individuo orgánicamente impotente, que se encuentra en un estado de deseo porque es incapaz de experimentar el placer (no creemos que este “estado de embotamiento” sea debido a

---

3 *Langeweile*: “tedio”, en alemán. Pero literalmente esta palabra, compuesta de *lange* y *weile*, significa “largo tiempo”.

## Clásico

“exceso de estímulos”; opinamos que el bloqueo psicógeno de la libido es lo que produce ya el deseo de estímulos, ya el embotamiento). El segundo tipo es el “neurótico dominical”. Creemos que en ambos casos el tedio tiene fundamento fisiológico, que identificamos en el bloqueo de la libido.